

1

MENSAJE DE RAMÓN LAMONEDA, SECRETARIO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL,
A LOS PUEBLOS DE LA AMÉRICA LATINA.

Sentirme requerido, a través de las Sociedades Hispánicas Confederadas, para dirigirme a los pueblos americanos, sitúa mi ánimo en una posición de tipo emocional en la que me sería difícil discriminar la parte que le corresponde a la gratitud y a la honrosa deferencia que se me hace poniéndome en contacto con los pueblos de ultramar y a cuya creación contribuyera tanto mi patria. Se me da la ocasión para que su infortunio tan cruel como injusto tenga la amplia resonancia rectificadora que a su martirio, por muchas razones sublime, dan las Sociedades Hispánicas Confederadas, y que yo la acepto sin cuidarme mucho de mis limitaciones y cortos alcances, que en otra ocasión hubieran puesto freno al propósito. Hoy, no. Mi patria sufre la oleada de barbarie más sañuda y cruel que vieron los siglos sobre pueblo alguno. Y es un deber que no admite reparos ni distinciones señalar con el índice acusatorio a los causantes de su mal, mal que amenaza con su bárbaro designio no sólo en convertir a la hermosa península ibérica en una desolada negrura del más horrendo Medievo, sino a Europa entera, envolviéndola en las tinieblas de un prolongado eclipse de la civilización. Se va a ello desde Berlín y Roma con sistemas perfectamente organizados, en los que la violencia, la propaganda confusional y la traición cívica forman un conjunto agresivo que se complementan y se vigorizan en perfecta reciprocidad. Comprenderéis, americanos que me escucháis, que contra una agresión de esa naturaleza que ha convertido a mi pueblo en un vasto campo de destrucción y ruinas, acompañado su salvaje aniquilamiento de la falsedad y del embuste, no descogamos los españoles las invitaciones que se nos ofrecen para desvanecer la insidia que neutralice la simpatía, por otra parte, cada vez más creciente y resuelta que América siente hacia la causa que ventila la República española. Nunca como ahora fué tan sensible mi patria a estas manifestaciones de simpatía. Y acaso por la enorme indefensión en que la dejaron torpezas y egoísmos reprobables, su mirada angustiada, más que por el dolor físico, con ser tanto y tan encarni-

zado, por el tremendo dolor moral que supone la injusticia de tamaña orfandad, se volviera hacia el otro lado del Atlántico, segura de que el acento de su cuita sería allí reconocido con la acendrada interpretación de un eco familiar que no equivoca en trances parecidos. Esta razón de parentesco que invocamos tiene en la hora presente de la emoción española una hondura y alcance en el futuro asignado a mi patria ensangrentada cuya captación deseáramos los españoles que percibiera América toda con los contornos claros, precisos, en que se dibuja aquí, donde el drama del universalismo hispánico riñe la cruentísima batalla de su afirmación y la licitud de su derecho. Esa auscultación exacta la dejamos a América. Los españoles nos hallamos metidos en el bosque afanados en una inmensa tarea que no consiente las perspectivas ni las atalayas desde las cuales se discierne el futuro. Clavados en el presente luchamos con tesón denotado por la existencia de España, de esta vieja España señera y sangrante batiéndose por su fisonómica entidad y por principios universales un mucho a cuenta de los demás. No es mucha la exigencia, a los dos años de ingente dolor, reclamar de la conciencia civilizada una posición ardiente y combativa, siquiera en cuanto a la verdad del pleito que ventila España, resplandezca en la opinión pública en los verdaderos términos en que se halla planteado. No es mucha la exigencia. No solicita otra tampoco nuestro orgullo. Dos años de cerco de hierro y plomo con los que la barbarie organizada trata de asfixiar a un pueblo que por encima de sus defectos y sus virtudes tiene la noble cualidad de su celosa independencia, bien vale la atención civilizada. No se nos alcanza que a estas alturas del tremendo proceso haya un solo punto geográfico en donde el derecho regula la vida colectiva en el que se dude de la razón por la cual está en armas la República española. Esta injusticia nos duele y nos irrita. Pero no debilita nuestro ánimo curtido en la adversidad y a prueba de desilusiones. Yo invito a los hermanos de América a cerrar el paso a la ofensa de la República española y a la legitimidad de su existencia propalada por la campaña fascista y por la

vergüenza de un Comité de "No Intervención" que hizo posible con su actuación monstruosa el que la duda de nuestra legitimidad anidase en la credulidad y buena fe de gran parte de la opinión pública. Pero esta farsa grotesca que sólo ha servido para dar alas al fascismo irrita sobremanera. No se puede, sin incurrir en grave responsabilidad ante la historia, asistir al espectáculo de una horrorosa matanza de españoles a sabiendas de que su delito consiste en una inmolación en favor de su fuero pisoteado y a cuenta, repite, de la libertad y dignidad humanas cuyo interés para la civilización resulta ociosa la advertencia. Sí; de estos intereses universales se trata. Son éstos los que andan en juego con la terrible peligrosidad que egoísmos y cobardías los han metido. Y eso es lo que dirime la República española. Sin embargo, con ser tan capitales se nos ha dejado en la mayor indefensión. Mi patria resiste y acusa. Es una acusación de auténtica solera española, permitidnos este orgullo, bien merecido por cierto. Esta acusación se yergue sola a impulsos de nuestra fe y de nuestra honrada hombría, poco apta a la imploración vergonzante. De estos resortes íntimos, entrañados en el carácter español, surge su empecinada resistencia. Cálculos, cautos egoísmos, bochornosas cobardías fraguadas en las cancillerías diplomáticas caen abajo envueltas en un ridículo trágico y grotesco a la vez. La farsa acaba y la razón viene a nosotros contrita y avergonzada. Viene así por una inercia fatal. ¡Pero cuánto le ha costado el llegar! Por esta España, puro romance heroico, me permito solicitar, por los títulos de ayer y por los que hoy revalida con su generoso esfuerzo la atención que antes apuntaba. Sé de antemano que los pueblos americanos no son insensibles a su dolor. Es ahora cuando esa gran anficiónía de la comunidad hispánica emerge certera con el amplio cauce con que la República la proyectaba y se ha convertido en ardiente necesidad en el solar español como prenda segura de su existencia en el concierto del mundo civilizado.

* * * *

4

MENSAJE DE RAMÓN LAMONEDA, SECRETARIO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL,
A LOS PUEBLOS DE LA AMÉRICA LATINA.

Sentirme requerido, a través de las Sociedades Hispánicas Confederadas, para dirigirme a los pueblos americanos, sitúa mi ánimo en una posición de tipo emocional en la que me sería difícil discriminar la parte que le corresponde a la gratitud y a la honrosa deferencia que se me hace poniéndome en contacto con los pueblos de ultramar y a cuya creación contribuyera tanto mi patria. Se me da la ocasión para que su infortunio tan cruel como injusto tenga la amplia resonancia rectificadora que a su martirio, por muchas razones sublime, dan las Sociedades Hispánicas Confederadas, y que yo la acepto sin cuidarme mucho de mis limitaciones y cortos alcances, que en otra ocasión hubieran puesto freno al propósito. Hoy, no. Mi patria sufre la oleada de barbarie más sañuda y cruel que vieron los siglos sobre pueblo alguno. Y es un deber que no admite reparos ni distingos señalar con el índice acusatorio a los causantes de su mal, mal que amenaza con su bárbaro designio no sólo en convertir a la hermosa península ibérica en una desolada negrura del más horrendo Medievo, sino a Europa entera, envolviéndola en las tinieblas de un prolongado eclipse de la civilización. Se va a ello desde Berlín y Roma con sistemas perfectamente organizados, en los que la violencia, la propaganda confusional y la traición cívica forman un conjunto agresivo que se complementan y se vigorizan en perfecta reciprocidad. Comprenderéis, americanos que me escucháis, que contra una agresión de esa naturaleza que ha convertido a mi pueblo en un vasto campo de destrucción y ruinas, acompañado su salvaje aniquilamiento de la falsedad y del embuste, no desoigamos los españoles las invitaciones que se nos ofrecen para desvanecer la insidia que neutralice la simpatía, por otra parte, cada vez más creciente y resuelta que América siente hacia la causa que ventila la República española. Nunca como ahora fué tan sensible mi patria a estas manifestaciones de simpatía. Y acaso por la enorme indefensión en que la dejaron torpezas y egoísmos reprobables, su mirada angustiada, más que por el dolor físico, con ser tanto y tan encarni-

zado, por el tremendo dolor moral que supone la injusticia de tamaña orfanidad, se volviera hacia el otro lado del Atlántico, segura de que el acento de su cuita sería allí reconocido con la acendrada interpretación de un eco familiar que no equivoca en trances parecidos. Esta razón de parentesco que invocamos tiene en la hora presente de la emoción española una hondura y alcance en el futuro asignado a mi patria ensangrentada cuya captación deseáramos los españoles que percibiera América toda con los contornos claros, precisos, en que se dibuja aquí, donde el drama del universalismo hispánico rifie la cruentísima batalla de su afirmación y la licitud de su derecho. Esa auscultación exacta la dejamos a América. Los españoles nos hallamos metidos en el bosque afanados en una inmensa tarea que no consiente las perspectivas ni las atalayas desde las cuales se discierne el futuro. Clavados en el presente luchamos con tesón denodado por la existencia de España, de esta vieja España señera y sangrante batiéndose por su fisonómica entidad y por principios universales un mucho a cuenta de los demás. No es mucha la exigencia, a los dos años de ingente dolor, reclamar de la conciencia civilizada una posición ardiente y combativa, siquiera en cuanto a la verdad del pleito que ventila España, resplandezca en la opinión pública en los verdaderos términos en que se halla planteado. No es mucha la exigencia. No solicita otra tampoco nuestro orgullo. Dos años de cerco de hierro y plomo con los que la barbarie organizada trata de asfixiar a un pueblo que por encima de sus defectos y sus virtudes tiene la noble cualidad de su celosa independencia, bien vale la atención civilizada. No se nos alcanza que a estas alturas del tremendo proceso haya un solo punto geográfico en donde el derecho regula la vida colectiva en el que se dude de la razón por la cual está en armas la República española. Esta injusticia nos duele y nos irrita. Pero no debilita nuestro ánimo curtido en la adversidad y a prueba de desilusiones. Yo invito a los hermanos de América a cerrar el paso a la ofensa de la República española y a la legitimidad de su existencia propalada por la campaña fascista y por la

vergüenza de un Comité de "No Intervención" que hizo posible con su actuación monstruosa el que la duda de nuestra legitimidad anidase en la credulidad y buena fe de gran parte de la opinión pública. Pero esta farsa grotesca que sólo ha servido para dar alas al fascismo irrita sobremanera. No se puede, sin incurrir en grave responsabilidad ante la historia, asistir al espectáculo de una horrorosa matanza de españoles a sabiendas de que su delito consiste en una inmolación en favor de su fuero pisoteado y a cuenta, repito, de la libertad y dignidad humanas cuyo interés para la civilización resulta ociosa la advertencia. Sí; de estos intereses universales se trata. Son éstos los que andan en juego con la terrible peligrosidad que egoísmos y cobardías los han metido. Y eso es lo que dirime la República española. Sin embargo, con ser tan capitales se nos ha dejado en la mayor indefensión. Mi patria resiste y acusa. Es una acusación de auténtica solera española, permitáenos este orgullo, bien merecido por cierto. Esta acusación se yergue sola a impulsos de nuestra fe y de nuestra honrada hombría, poco apta a la imploración vergonzante. De estos resortes íntimos, entrañados en el carácter español, surge su empecinada resistencia. Cálculos, cautos egoísmos, bochornosas cobardías fraguadas en las cancillerías diplomáticas caen abajo envueltas en un ridículo trágico y grotesco a la vez. La farsa acaba y la razón viene a nosotros contrita y avergonzada. Viene así por una inercia fatal. ¡Pero cuánto le ha costado el llegar! Por esta España, puro romance heroico, me permito solicitar, por los títulos de ayer y por los que hoy revalida con su generoso esfuerzo la atención que antes apuntaba. Sé de antemano que los pueblos americanos no son insensibles a su dolor. Es ahora cuando esa gran anficiónia de la comunidad hispánica emerge certera con el amplio cauce con que la República la proyectaba y se ha convertido en ardiente necesidad en el solar español, como prenda segura de su existencia en el concierto del mundo civilizado.

* * * *